

intelectual —cuya mente ve cuanto no percibe la vista—, que el fenómeno parece alcanzar las proporciones de un cataclismo: el autor, alucinado por la deslumbrante luz, imagina que el lago, en lugar de haber sido desecado *por arriba*, de mano del hombre, lo fue *por abajo*, por fuerzas telúricas. Una vez más lo real es motor de la fantasía.

Los cuentos, diálogos y narraciones aquí reunidos poseen la cualidad común —y ella presta unidad al libro, que tan variados atractivos ofrece de ser fruto de la observación del pensador y de la imaginación del artista: verdad y mentira.

* * *

Al principio aludimos, como característico de la “generación del Ateneo”, al propósito de universalidad de la cultura.

En Alfonso Reyes, que durante un cuarto de siglo recorrió el mundo al servicio de su patria, esa tendencia es decisiva. Mas, al conocer otros pueblos, otras literaturas, no olvidaba lo que más caro le es: México. “Mis contribuciones a la definición de lo mexicano están en todos mis libros”, declara. Y añade: “Nada puede ser ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo”.

Esta última frase, lector amigo, ¿no nos hace recordar a un gran pensador que es gloria de su país porque supo ser “generosamente universal”? ¿No habría dicho otro tanto Miguel de Montaigne? ...

J. M. GONZÁLEZ DE MENDOZA.

México, marzo de 1949.

JUEGO Y CORTESÍA

CORTESÍA se llama uno de los últimos libros de Alfonso Reyes, cuyo esmerado recuento bibliográfico se hace difícil de llevar en estos días en que ha estado extraordinariamente activo. Como productor de las más finas esencias literarias parece depurar con los años ciertas tentadoras ambrosías de la imaginación, su alta cultura convertida en arte, ingenio y fineza; y frente a las grandes obras como aquel exhaustivo (*DESLINDE*), la mayor “Summa” de problemas literarios que exista en Lengua española o los estudios de Helenismo que ahora le absorben, sabe ofrecer, también, a los amigos algunas travesuras sometidas como todo lo suyo, a la más exigente norma estética. Este libro (*CORTESÍA*) compuesto voluntariamente de versos de circunstancias, casi de lo que pudiera llamarse las tarjetas postales de un escritor, no aspira a la seria inmortalidad de las grandes obras orgánicas porque le basta la amable broma, la grácil alegría de un minuto. Quienes nos hemos deleitado con el insuperable arte de conversador del gran humanista, reencontramos aquí algunos de los rasgos más amablemente alfonosinos. Libro para descansar de la petulante formalidad de otros libros. Sin embargo —y como ya veremos— en pocos como en este, se nos ofrece Alfonso Reyes con su graciosa diligencia de gnomo que sabe jugar armoniosamente con mitos y culturas; alivianar lo más denso e ir de fiesta hasta lo levemente picaresco y popular sin perder el perfecto aplomo apolíneo. El buen humanismo, en la lección de este Erasmo Hispano-americano no sólo es una disciplina y alta didáctica del espíritu, sino también un adiestramiento para la mejor felicidad terrenal.

Comienza Reyes —que sabe enseñar aun jugando— con una útil reivindicación de aquello que Goethe llamaba la poesía “ingenua” en oposición a la poesía “titánica”. Si está bien que el hombre transmita en su arte la hazaña prometeica, la lucha contra el destino, conviene, así mismo, al equilibrio vital que a veces repose en la

vertiente de las cosas sencillas, en el simple goce y disfrute de lo cotidiano. Esto es casi una tarea de higiene mental; de justo reconocimiento a la vida. Como lo enseña Reyes "quien solo canta en do de pecho no sabe cantar; quien sólo trata en verso las cosas sublimes no vive la verdadera vida de la poesía y de las letras, sino las lleva postizas como adorno para las fiestas". No hay que confundir el arte con lo macrocósmico, y tanta belleza cabe en el bloque tormentoso a lo Miguel Angel como en el camafeo, el epigrama o la miniatura. Es acaso una enfermedad de nuestra época el culto de lo patético, lo desmesurado y colosal; el falso titanismo informe, a punto de reventar, como los músculos del gigantón de feria. Auténticamente clásico como ningún otro escritor hispano-americano de nuestros días, en estos pequeños juegos y travesuras poéticas de Reyes se expresa el más lozano classicismo; el que sabe exprimir la vida y quintaesenciarla en la brevedad del epigrama. Anticipándose a contestar a aquellas gentes demasiado serias que negarían al artista su derecho al juego y a la más refrescante broma para pedirle siempre la extrema tensión del problema, el gran mexicano recuerda que "Marcial consagró buena parte de su obra a los versos de circunstancias o versos de ocasión; que Góngora escribía décimas y redondillas para ofrecer golosinas a unas monjas y que el recóndito Mallarmé dibujaba estrofas en los huevos de pascua, ponía en verso la dirección de sus cartas, hacía poemas para ofrecer pañuelitos de Año Nuevo y tenía la casa de Méry Laurent llena de inscripciones".

Pero otro valor más tiene este libro de Reyes como todos los suyos: es que al volverse sobre el común uso de nuestra trajinada palabra "Cortesía" le reintegra su antigua significación de estilo de vida que abarca, por igual, lo ético y lo estético. "Moró mucho en Lombardía para aprender Cortesía" dice una vieja trova medieval, dando a entender que debe aprenderse como toda disciplina del espíritu. Cuatro siglos después, en un verso de Lope se habla de la "curiosa princesa Cortesía". Y el adjetivo unido a la condición de "Princesa" aclara bien el complejo de estilo y refinamiento que se asocia al viejo vocablo. "Cortesía" como "gentileza" fué la dis-

ciplina estética y moral con que el mundo de la Edad Media ascendió a través de la lírica y el ascetismo caballeresco a aquel nuevo ideal de "la vita civile" que culmina en el Renacimiento. Es el necesario "buen uso" o sea el de la gente educada que se le ofrecía a nuestro don Andrés Bello como el arranque inicial de toda Gramática.

Si pensamos cómo cada día la Cultura y el trato de los hombres parecen tornarse más desgredados; la moderna manía de "vulgarización" se trueca en lisa y monda vulgaridad; el nuevo fanatismo de partidos y sectas levanta entre las gentes murallas de odio e incomprensión; lo chabacano se confunde con lo espontáneo y natural; la prisa periodística adultera conceptos, palabras y valores, hemos de apreciar más este mensaje de "Cortesía" o lo que es lo mismo, de alquitarada espiritualidad, que fluye de la obra de Alfonso Reyes. Junto a todo lo inmaduro y caótico que cunde en nuestras letras latino-americanas, el verbalismo suelto, la falta de método en muchas cosas que se escriben, no conozco didáctica mejor que la del gran humanista y artista mexicano a quien el estilo le viene siempre a la intención como en el más transparente peplo clásico. Hacer más fácil el entendimiento de los hombres; imponer el "aseo" interior de que alguna vez nos hablara Reyes, es la finalidad de esta "princesa Cortesía" a la que estamos invocando desde el encono y atropellamiento de nuestra época. Y hasta jugando en estos versos de ocasión, tomándose un asueto de sus libros más orgánicos, no pierde el maestro mexicano aquella graciosa y equilibrada "sofrosine" que hace de su labor literaria una de las más diáfanos y ejemplares entre las que ahora pueden leerse en América.

Mariano PICÓN - SALAS.

El Nacional, México, agosto 10 de 1949.

UNA CIUDAD EN LA ESTEPA

El cabrito asado a la patriarcal manera bíblica y homérica es vianda característica de la esteparia región de Monterrey, latitud fronteriza en que se juntan el obstinado calor de los desiertos de México y las invernales ondas de frío de la América del Norte: ciudad en cuyos difíciles jardines pueden convivir —como en el poema de Heine— pinos nórdicos y palmeras del sur. Si se adoba el cabrito con una salsa de guacamole —trinidad capitosa de jitomate, “chile” y de la verde persea gratísima— se tiene, para mi gusto, un estupendo plato regional. Y todo esto invita a remojar con una de las mejores cervezas del Continente, la magnífica cerveza regiomontana, varia de marcas y sabores, a cuyo espumoso conjuro se han formado en la ciudad nortea consorcios industriales muy prósperos. (Monterrey es a la vez, el Pilsen, el Glasgow y el Lyon de México, tierra donde todo se elabora: desde el acero hasta los tejidos de hebra más fina).

En los jardines de la Cervecería “Cuauhtémoc” nos ofrecieron a los huéspedes de un reciente Congreso de Historia un agradable banquete en que escanciamos los más diversos lúpulos, mientras los cantores nativos acompañaban a la guitarra viejos corridos que son como la poesía épica, los cabos sueltos de una *Iliada* que está buscando su Homero en las agrias y viriles tierras de aquella comarca mexicana. Don Alfonso Reyes a quien sus coterráneos llaman “el otro regiomontano ilustre” porque el primero, en orden cronológico, fue el extraordinariamente azaroso Fray Servando Teresa de Mier en cuyo estilo dieciochesco penetraron con suma gracia las mejores y osadas invenciones de la picardía española, don Alfonso olvidando un poco sus actuales estudios helénicos, recordaba que en su infancia conoció algunos de estos protagonistas de corrido, y se acercó a la leyenda que dejaron hombres como aquel Macario Romero a quien sólo pudo matarle el amor porque había sido invencible en guerra, lance personal y andanzas por los más abruptos

escondrijos de la Sierra Madre. Hay otra bonita historia —evocada también por don Alfonso— de cierto bandido generoso que sólo pudo ser capturado por los guardias rurales cuando arrojaron en la proximidad de su famoso caballo blanco una joven potranca que le alejó de la vigilancia del amo. “Sólo de pie me agarran, hijos de la Virgen” decía el bandido vaciando sus últimos tiros, mientras ya le rodeaba la policía montada. E iguales improprios dedicaba a su antiguo corcel a quien en el duro momento de la tentación le faltó la austeridad de un San Antonio de la raza equina.

Y don Alfonso quien ya hizo en su juventud la conocida versión y comentario del Poema del Cid, dará acaso con menos primor filológico pero más tierna cercanía humana la visión de estos últimos héroes de la época popular; personajes de Edad Media perdidos con su caballo, su adornado cuchillo y su don mítico en el trasfondo violento de nuestro caos social americano donde la barbarie nunca invalidó la Poesía. Temas si no para Homero, para nuevos Puchkin o Gogol que hayan de nacer en Hispano-América.

En semejante estepa arisca, los hombres —como todos los que nacen bajo condiciones climáticas parecidas: mongoles o árabes— pueden dedicarse a la guerra o a las revelaciones de los ángeles como aquellas que recibía Mahoma, ya que el país es pobre de frutos. Frente a Monterrey la Sierra Madre levanta un pichacho que tiene forma de silla de montar para no sé qué azarosa cabalgata por el infinito. El clima es extraordinariamente seco, lo que permite que sobre las noches de Monterrey caigan racimos de las más metálicas estrellas y la luna se levante como escudo de guerrero, bruñido en los Altos Hornos. En tal paisaje, la mítica peregrinación de los aztecas que venían pisando guijarros y comiendo espinosas tunas se explica como una marcha en pos del verde; como aquella nostalgia de árboles y aplacado sol de todos los pueblos nómades. Se explica también ese empuje, hacia el centro y el sur, de los grandes caudillos de la Revolución Mexicana, los que traían su socialismo primario bajo los sarapes de colores violentos y junto a la canana

apeñuscada de balas. Pero contra toda áspera previsión de la Geografía, Monterrey ha realizado uno de los milagros de México: el de convertirse, en lucha con el medio, en el primer emporio industrial mexicano. Es una de esas ciudades donde nace aquella Hispano-América más limpia, mejor nutrida, más igualitaria en el trabajo y las oportunidades económicas con que aspiramos a superar el complejo de clases sociales ociosas, de heráldica y orgullo destañado, de menosprecio de la técnica y el trabajo manual, de pobreza mugrienta, que gravita sobre muchos pueblos del Continente. Es un México que no alcanzó a intuir Humboldt cuando dividía la sociedad mexicana —y con ella, arquetípicamente, toda la de Hispano-América— en un abusivo grupo de boyardos, análogos en su poderío feudal a los del viejo imperio ruso, y una masa infinita de siervos descalzos. Tal vez el mismo impulso viril que los regiomontanos del siglo XIX ponían en ejercer el contrabando tras de los más agrios boquetes de la Sierra Madre, “entre los tiros de la Policía”, fue sublimado por la educación y la firme querencia de su tierra; y contrabandistas y guerrilleros de ayer fueron padres y abuelos de capitanes de industria.

En la segunda ciudad de México se yerguen las chimeneas y trepidan los motores de mil seiscientos talleres y fábricas. Como la España conquistadora no encontró aquí riqueza fácil ni población indígena abundante para labrar catedrales y erigir conventos y plazas como los de Puebla y Oaxaca, los regiomontanos de estos días se han lanzado a crear su propio estilo. Y la mejor Matemática y funcionalismo de la Construcción moderna se han puesto al servicio de una iglesia como la de la Purísima donde la estructura de acero, que a lo lejos recuerda un hangar, no choca con la gran torre desnuda —pura mole geométrica— evocadora de las medievales ciudades italianas: Orvieto o San Gimignano. Los extremos y los estilos más opuestos se tocan y encuentran en la perenne busca de Dios.

Pero la plenitud y suficiencia económica que Monterrey repre-

senta dentro del conjunto mexicano, me hace pensar en otro fenómeno que ya se observa en varios de nuestros países y que, a falta de mejor nomenclatura, llamaría el de la “segunda ciudad”. Mientras que, dentro de nuestra tradición hispano-americana, la ciudad capital parece conservar en casi todas partes aquella jerarquía burocrática y cortesana que nos viene del sistema español; y las llamadas “ciudades coloniales”, centros de Iglesia próspera, de familias con pretensión nobiliaria e indígenas sumisos sobre los cuales gravitaba el feudalismo criollo, parecen estancarse en su nostalgia pretérita, la aventura moderna busca y se vuelca en nuevos centros de expansión. Un historiador del proceso económico de Monterrey, nos explicaba que el olvidado villorrio español comenzó a poblarse después de la segunda mitad del siglo XIX con mexicanos de todas las provincias, gente suelta y ambiciosa que anhelaba fundar su propio linaje. Aquí el mérito personal no se heredaba ni se escribía en viejos papeles, sino brotaba de la voluntad e inventiva de cada uno y exigía, a veces, más puñetazos que ceremonias. Era en pequeño un fenómeno semejante al de la “frontera” en los Estados Unidos, cuando gentes impetuosas, descargándose de los prejuicios y el historiado formalismo de Nueva Inglaterra, salían a la conquista y aventura de las tierras vacantes del oeste. Allí cada hombre corajudo y libre de las coacciones tradicionales, podía crear su peculiarísima dinastía. Quienes confiaban más en sí mismos que en el cerrado y antiguo grupo social se convertían, al cabo de los años, en monarcas de la madera, de la cerveza, del trigo o del jamón enlatado. Era cuestión de olvidar un poco los ornamentos del pretérito y la inhibición de las “buenas familias”, para echarse en brazos de un tumultuoso porvenir. Era preciso engendrar obras para que ellas dieran más dinámica nobleza que las de los difuntos abuelos.

Como superación del colonialismo, ya brotan algunas ciudades y comarcas así en varios sitios de la América Española. Esperan redimir por el trabajo y la técnica, la incuria e inútil vanagloria en que nos estancó el viejo feudalismo vernáculo. Algunos estetas y

espíritus demasiado sensibles suelen quejarse de que, en esos lugares de moderna aventura e industrialización, falte algo del color local y la encantada pátina de las ciudades viejas. Pero sin que sea necesario destruir en nombre de la Técnica y la Industria las iglesias barrocas y los altares dorados al fuego; sin que la belleza del pasado tenga que convertirse en antítesis de la eficiencia contemporánea, acaso en esas ciudades nuevas se está preparando por su mayor plasticidad social y cuando el "bracero" analfabeto se convierte en trabajador calificado, la futura democracia económica. En tal sentido, las mil seiscientas fábricas y talleres de Monterrey, el tesón de sus gentes y el orgullo con que cuentan la aventura que ganaron al desierto me parecen uno de los signos más optimistas de México.

Mariano PICÓN-SALAS.

El Nacional, México,

Septiembre 21 de 1949.

CORTESÍA

Por Alfonso Reyes

México, ("Editorial Cultura"), 1948. 337 pp.

La poesía social —relaciones de amistad y de cortesía— es de antiquísima prosapia y fué cultivada por muchos de los más grandes talentos de todos los tiempos. En ingeniosas formas poéticas solían darse los parabienes y albricias por cualquier hecho venturoso o expresarse la condolencia en caso contrario. En sutiles y a veces complicadas formas rimadas comunicábanse los hombres —y aun las mujeres— sus ideas y sentimientos, ya cordiales o hirientes, regocijados o tristes. El hombre de letras era entonces más despreocupado y más adicto a estos juegos de la imaginación y del espíritu porque vivía en un mundo menos dramático y complejo en el que los problemas trascendentales de la vida le llegaban resueltos de antemano y la humanidad podía reír de sus propias tonterías.

En nuestra época afanosa y trajinada, materialista y técnica, ruidosa y trágica, esta simpática tradición ha caído en desuso y casi ha desaparecido ya. Lo mismo ha ocurrido con la epistolografía, las tertulias, el arte de la conversación y tantas otras formas amables, refinadas y cultas en que se expresaban antaño las relaciones sociales. Nuestra era es gregaria, escéptica, "sofisticada" y terriblemente seria, a pesar de la "guaranguería", el estridentismo, la aparente despreocupación y la banalidad con que nos empeñamos en disimular la íntima angustia. La vida actual ha desterrado o poco menos las formas exquisitamente inútiles y frívolamente bellas directas a nuestros abuelos. El hombre contemporáneo es agónico por definición. La democracia, la lucha de clases, la competencia individual y colectiva, el progreso técnico, la superpoblación, los terribles conflictos bélicos, los antagonismos y rivalidades económicas y la amenaza de aniquilación que hoy pesa sobre el mundo, han

impuesto al hombre contemporáneo responsabilidades agobiadoras y lo han sumido en una especie de agonía latente que le impide reír. El alma contemporánea está larvada de dramatismo aunque pretenda disfrazarse con la máscara del cinismo y huir de sí misma por la vía del "cock-tail" y de la farándula bullanguera, las formas más comunes que reviste el "escapismo" actual. La presente es una humanidad en trance o en crisis, enfrentada con su propio destino que no acierta a descifrar ni a imprimirle rumbo cierto. Hemos perdido la fe en los pilotos que ayer no más nos marcaban el rumbo, y las brújulas y viejas cartas de navegación que por dos milenios nos guiaron han perdido viertualidad y eficacia. Hoy vamos a la deriva y a ciegas en la tormentosa encrucijada en que nos encontramos, solicitados por polos imantados de signo contrario y opuesto. Los carcomidos postulados que ayer nos parecieron seguras áncoras de salvación, hogaño se nos antojan trastos enmohecidos sin vigencia y sin virtud. En cambio, las novísimas doctrinas con que se pretende reemplazarlos subordinan la inteligencia y el espíritu a un materialismo extremo. Y el hombre de pensamiento que por ciento cincuenta años ha soñado con ser realmente libre, no se resigna a perder su autonomía espiritual ni puede renunciar a su autarquía individual en beneficio de un problemático bienestar económico. De ahí la angustiosa tensión en que el hombre vive hoy.

Por eso resulta tan inusitado —y tan grato— dar con un libro tan extemporáneo, tan al margen de los grandes conflictos actuales como éste que Alfonso Reyes nos ofreció el año pasado. Bajo el muy adecuado título de *Cortesía* ha reunido el sutil ironista mexicano una larga serie de ingeniosos poemas por él escritos o a él dirigidos por unos cuarenta o más escritores y poetas de España, Francia y la América íbera. Los Estados Unidos están representados en esta palestra poética por sólo un nombre —de fina calidad, sin embargo: S. G. Morley. Es un libro, pues, en el que Alfonso Reyes realiza una doble función —activa y pasiva— ya que en él aparece como poeta y a la vez como musa inspiradora.

Esta larga serie de juegos poéticos es trilingüe —español, fran-

cés y portugués— y en él figuran muchos de los escritores más ilustres de las tres lenguas citadas en lo que va del siglo. Con varios poemas —algunos hasta ahora inéditos— hacen aquí acto de presencia Amado Nervo, Enrique González Martínez, Paul Morand, Francis de Miomandre, Enrique Díez-Canedo, Eugenio D'Ors, Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña, Juana de Ibarborou, Baldomero Fernández Moreno, Ricardo Molinari, y muchos otros. Es un testimonio elocuente de la simpatía y el afecto que Reyes despierta en todas las latitudes, así como de la altísima estimación en que en todas partes se le tiene. El volumen podría definirse también como una especie de cartografía poética o itinerario de las rutas transitadas por Alfonso Reyes en tres continentes y en gran número de países.

Muchas son las formas poéticas que en este cordial testimonio se emplean. Si bien predomina el popular romance por ser acaso, la que más se presta para este género de poesía ocasional, abundan también las humildes décimas —algunas muy bellas— el aristocrático soneto, las modestas sextinas y cuartetos y otras varias combinaciones mayores y menores. Hasta el hai-kai y la jitanjáfora están aquí dignamente representadas. No falta tampoco el aldeano corrido —y a fe que en nada desmerece junto a otras formas más académicas. Tal el muy bello con que Miguel N. Lira le dió la bienvenida a Reyes en el ágape con que los escritores mexicanos celebraron su regreso a México en 1938. Algunos tipos de composiciones añejas, hoy casi desaparecidos, como el acróstico, por ejemplo, compiten aquí con los mejores que se escribieron en los siglos XVI y XVII. También el epigrama hace gala de ironía y sutileza en esta fiesta del ingenio y el buen decir. Diríase que en el libro compiten el buen humor, la camaradería, la gracia y la delicadeza, el espíritu juguetón y de fiesta, pero también la cordialidad, la simpá-